

SEMLIA I VOLIA-TIERRA Y LIBERTAD

Los campesinos rusos y la revolución según Lorena Paz Paredes

Armando Bartra

El siglo XX despierta en medio de un tumulto de alzamientos campesinos ocurridos en países orilleros. Insurgencias que en muchos casos desembocan en revoluciones sociales y descolonizadoras: Rusia 1905, 1917; India 1905-1935; México 1910-1920; China 1911, 1930-1949; un protagonismo de los hombres y mujeres de la tierra que más tarde fue progresivamente obscurecido y arrinconado por el ímpetu de una modernidad urbano-industrial que conforme avanzaba la centuria iba ocupando el centro del escenario. Cien años después el mundo rural se hace patente una vez más, no sólo como foco de la crisis ambiental y alimentaria sino por la emergencia de nuevos movimientos campesinos e indígenas que a veces conducen a revoluciones: Bolivia 2000-2009, Ecuador 2000-2008.

Si descolonizar es, entre otras cosas, leer el pasado siglo no desde el centro sino desde la periferia, una de las claves de dicha lectura está en reinterpretar las insurrecciones campesinas que lo inauguraron. Y una parte sustantiva de la indispensable revisión es la que nos ofrece Lorena Paz Paredes en su libro *Tierra y Libertad. Populismo y marxismo en las*

*revueltas campesinas rusas de los siglos XIX y XX.*¹ Investigación incisiva, original y apasionada que sin duda ayudará a cambiar la visión estereotipada que muchos tenemos de la emblemática revolución rusa de 1905-1920 y, por analogía, también de la revolución mexicana de 1910 y 1920.

Estoy convencido de que quién no lea este libro —y no conozco otro equivalente— no entenderá lo que en verdad fue la primera revolución “proletaria y socialista”. Pero tampoco comprenderá cabalmente lo que representa en una perspectiva global la revolución mexicana. Acontecimiento irreductible que más allá de su significado local es, con la rusa, paradigma de las rebeliones campesinas de la modernidad que se alzan a la vez contra las viejas formas de opresión y contra las nuevas, que como Jano miran hacia atrás pero también hacia adelante.

Filósofa, doctora en desarrollo rural, feminista rústica, estudiosa del campo y de l@s campesin@s, escritora de guiones

¹ Lorena Paz Paredes, *Tierra y Libertad. Populismo y marxismo en las revueltas campesinas rusas de los siglos XIX y XX*, UAM-Xochimilco, México, 2013, 243 p.

cinematográficos, autora de una novela policiaca, firmante de una veintena de libros entre los de su exclusiva autoría y los colectivos, Lorena Paz Paredes logra que los sufrimientos, esperanzas y frustraciones del remoto *mujik* nos resulten cercanas y entrañables. Quizá porque los campesinos rusos y los rurales mexicanos forman parte de la misma banda irredenta y entre el *mir* y nuestra comunidad agraria hay más semejanzas que diferencias. Pero también, y sobre todo, porque desde hace rato Lorena está cerca de las mujeres y los hombres del agro mexicano, de modo que su evidente empatía con una lideresa agraria rusa como Espiridinova refleja el afecto que la une con la guerrerense Celsa Valdovinos, y la pasión con que narra las vicisitudes del anarquista ucraniano Néstor Makhnó, se explica por su proximidad con la saga del morelense Emiliano Zapata.

En *Tierra y Libertad...*, los avatares de Rusia y sus *mujiks* se despliegan en tres amplios capítulos que corresponden a sendos niveles de análisis. El primero aborda el protagonismo de los movimientos campesinos en la historia rusa, el segundo da cuenta del curso de las ideas y sistemas de pensamiento que se construyen a partir de dicho protagonismo y el tercero desentraña la dinámica de los partidos y corrientes como mediadores entre las ideas políticas y el activismo social. Plausible abordaje que a diferencia de ciertas socorridas versiones de manual, nos muestra la proverbial batalla libertaria antizarista como lo que fue: un si-

nuoso y accidentado proceso social cuyo protagonista mayor es la Rusia profunda, la Rusia de Tolstoi, la Rusia del *mir* y del *mujik*, la Rusia en la que se adentra Lorena Paz Paredes.

El vanguardismo revolucionario no es sólo una forma de hacer política es también una manera de leer la historia. Y la revolución rusa ha tenido demasiadas lecturas vanguardistas que la presentan como odiosa o celebrable hazaña de Lenin y el partido de los bolcheviques, cuando en realidad se trata de un curso complejo y cargado de diferentes posibilidades cuyo protagonista fue todo un pueblo.

Más productivo es ver al combate y derrocamiento del zarismo como una revolución social. Y desde esta atalaya, que es la de Lorena Paz Paredes, lo que siempre nos han presentado como la “primera revolución proletaria triunfante” escenificada en los lugares donde estaba la industria, es decir, principalmente en Moscú y San Petersburgo, se nos muestra como una variopinta revolución campesina desplegada a lo largo y ancho de la estepa, de la vasta llanura rusa.

Antes de escribir esto leí otra vez *Tierra y Libertad...*, y me volvió a deslumbrar la vertiginosa cantidad de temas que abre a debate, así como las innumerables ideas originales que propone. Temas e ideas que se gestaron y confrontaron en la segunda mitad del siglo XIX y el arranque del XX, pero que son indispensables si queremos sobrevivir al XXI. Veamos algunas.

Las diversas visiones de la historia que pone en juego la acción revolucionaria, desde la lineal y progresiva de los providencialismos hasta el curso abierto e incierto de quienes la ven como hazaña de la libertad.

Las tomas de posición respecto de los procesos de modernización y de la propia modernidad como horizonte civilizatorio, en donde lo que se dirime no son —como sucedía a fines del siglo XX— talentos culturales modernos, posmodernos, premodernos..., sino grandes proyectos emancipatorios y multitudinarias alternativas sociales.

La divergencia entre quienes perciben al capitalismo como tendencialmente homogéneo y quienes lo estiman contrahecho y disforme por naturaleza.

La confrontación entre los que sostienen que el limitado desarrollo de las relaciones socioeconómicas directamente capitalistas en los países de la periferia es un obstáculo que impide su plena emancipación y quienes ven en el llamado “atraso” un “privilegio”, una ventaja que permite inventar atajos a la libertad.

Las discrepancias en torno al carácter y dispositivo de clase de la revoluciones orilleras —desde hace más de dos siglos las únicas realmente existentes— en cuyo centro está la posición que se tiene respecto del campesinado, que unos estiman potencialmente contestatario y utópico y otros como irremisiblemente conservador.

Las diferentes formas de ver la acción individual y la acción colectiva y las va-

rias maneras de enfrentar la relación entre los partidos políticos y los movimientos sociales.

El dilema producción familiar-producción colectiva, cuyos avatares en la Rusia soviética patentizan la inviabilidad de un cooperativismo rural implantado por el gobierno, en el que —independientemente de su presunta superioridad técnico-económica— la división del trabajo y las modalidades de la propiedad impuestas se le presentan a los campesinos como externas y ajenas, y por tanto como opresivas y hostiles.

La disputa entre los defensores de la “dictadura del proletariado” y los que propugnan por la autogestión comunitaria, es decir la disyuntiva entre el centralismo autoritario y la horizontalidad democrática.

Y en el trasfondo de todos los debates, un asunto en apariencia menor pero que es fundamental: el carácter de la comunidad, el lugar que ésta ocupa en las sociedades modernas y el potencial utópico del comunismo. Tema que a mi juicio remite al carácter ontológicamente incompleto del capitalismo, a la relativa pero inevitable exterioridad que guarda la reproducción socio-ambiental respecto de los procesos de valorización del gran dinero.

Exterioridad constitutiva que obliga a pensar la resistencia al sistema tanto desde dentro como desde fuera, tanto en la perspectiva de los que “no tienen nada que perder” y por eso son revolucionarios, como en la de quienes son revolu-

cionarios porque quieren preservar –y ampliar– los espacios autogestivos y los bienes comunes que les quedan. Lo que bien visto es la cuestión que está detrás de la llamada *alianza obrero-campesina* o, si se quiere, de la naturaleza variopinta de la *multitud* contestataria, de la condición multisocietal de los *pueblos* como actores sociales, de la pluralidad de *ethos* que activa una revolución.

Confrontación de ideas que en el libro *Tierra y Libertad...*, no se desarrolla, como aquí, en el terreno de las abstracciones, sino a partir de la reconstrucción interpretativa de una prolongada, multitudinaria y abigarrada experiencia histórica: la intermitente pero terca lucha de los campesinos rusos desde mediados del siglo XIX hasta la tercera década del XX.

Y esto me lleva a otra cuestión que subyace en el trabajo de Lorena Paz Paredes: la incontestable existencia del campesinado como clase, si por clase entendemos no el producto automático de una estructura económica sino un gran conjunto social en movimiento que enfrentando enemigos comunes y con base en experiencias compartidas define un proyecto histórico y trabaja por su realización. Y digo del campesinado y no sólo del campesinado ruso, porque las revoluciones campesinas de inicios del siglo XX no son islas y a las semejanzas derivadas de participar de un mismo sistema mundo se suma el intenso flujo de las ideas políticas por el que –por ejemplo– la fórmula Tierra y Libertad, acuñada a mediados del siglo XIX por los campesi-

nos rusos se extiende por toda Europa a través de la Primera Internacional y de los anarquistas, y por esa vía llega a México y es adoptada por el zapatismo, la insurgencia rural más emblemática de la revolución de 1910.

Desde mediados del siglo XX la sociología, la ciencia política y la antropología, entre otros, debaten sobre la existencia o no de los sujetos históricos de gran calado a los que algunos llamamos clases. Pero no es desde estas disciplinas que puede resolverse el dilema pues las clases son ante todo entidades históricas y sólo se muestran como tales cuando se estudian cursos temporales prolongados, precisamente como lo hace Lorena Paz Paredes en *Tierra y Libertad*. La existencia de los campesinos modernos como sujeto puede rastrearse en sus manifestaciones agroecológicas, económicas, sociológicas, políticas, culturales... pero estas son únicamente manifestaciones –tan parciales como las disciplinas que las registran– de sujetos que sólo pueden ser aprehendidos como tales, es decir en su integralidad, mediante un abordaje histórico.

Escribí al comienzo que *Semlia i Volia*, el nombre en ruso del libro de Lorena Paz Paredes, nos ayuda a comprender la universalidad de nuestra propia revolución, la universalidad de Tierra y Libertad en su versión magonista-zapatista. Explico brevemente porqué.

En el espejo de la revolución rusa nos damos cuenta de que el utopismo comunalista de Ricardo Flores Magón, para quien las ancestrales prácticas colectivas

de los pueblos originarios nos preparaban para el comunismo libertario, no es una ocurrencia local sino una convicción política generalizada a la que dieron forma intelectuales populistas del siglo XIX, que adoptaron Bakunin y otras anarquistas, que discutieron Marx y Engels y que en nuestro continente retomó José Carlos Mariátegui.

En el espejo de la revolución rusa vemos que el surgimiento de liderazgos como el de Villa y el de Zapata y de fuerzas armadas populares como la División del Norte y el Ejército Liberador del Sur son patrones universales que se repiten en el Ejército Insurgente Insurreccional Revolucionario de Ucrania, la fuerza armada campesina que puso en pie Néstor Makhnó, fuerzas rebeldes que tanto allá como aquí tuvieron que confrontar a los terratenientes, a la intervención extranjera y a la contrarrevolución restauradora.

En el espejo de la revolución rusa descubrimos que el choque entre el regionalismo, comunitarista y horizontal de los insurrectos campesinos y la lógica nacional y centralista de los revolucionarios urbanos es una tendencia recurrente que tanto en Rusia como en México concluye en violentas confrontaciones.

En el espejo de la revolución rusa vemos que el Plan de Ayala y la llamada Comuna de Morelos no son excepcionales sino que se repiten en las propuestas de transformación desde abajo y la conformación de un autogobierno regional, impulsados por el Consejo de los insurrectos revolucionarios de Ucrania.

Termino esta reseña con una frase lapidaria que valía para Rusia, vale para México, vale para el planeta todo y es la que emplea Lorena Paz Paredes para cerrar su tercer capítulo:

“Y cuando los comunistas despertaron, los campesinos todavía estaban ahí”.